

La geografía de la desigualdad.

Por qué los pobres viven donde el riesgo es mayor.

1. El riesgo no es natural, es social.

Hay una idea que damos por sentada sin cuestionarla, que los desastres naturales son democráticos. Que un terremoto, una inundación o un huracán golpean por igual a ricos y pobres, y que la naturaleza no distingue entre clases sociales. Es una idea tranquilizadora, porque nos exime de responsabilidad. Si el desastre es natural, nadie tiene la culpa. Si la catástrofe es un acto de Dios, no hay nada que hacer.

Pero la idea es falsa. Los fenómenos naturales pueden ser democráticos en su origen, pero sus consecuencias no lo son. Un terremoto de la misma magnitud mata a más personas en Haití que en Chile. Una inundación de la misma intensidad causa más daños en Bangladés que en Países Bajos. Un huracán de la misma categoría destruye más vidas en Nueva Orleans que en Miami. ¿Por qué? Porque la vulnerabilidad no es natural, es social. Depende de dónde vives, de cómo está construida tu casa, de si tienes seguro, de si tienes coche para huir y de si tienes dinero para reconstruir. Y todo eso, a su vez, depende de tu clase social.

La geografía del riesgo es también la geografía de la desigualdad. Los pobres viven donde el peligro es mayor. No porque elijan el riesgo, sino porque no pueden pagar la seguridad. El mercado del suelo empuja a los más vulnerables a las zonas marginales: laderas inestables, cauces secos, rellenos sanitarios o zonas inundables. Y cuando la catástrofe llega, son los que más sufren y los que menos ayuda reciben para recuperarse.

Este ensayo explora esa realidad. Analiza por qué el riesgo se distribuye de forma desigual, cómo se construye socialmente la vulnerabilidad, quién se beneficia de ese orden y qué consecuencias tiene para la justicia social y la democracia. Se utilizarán ejemplos de España y del mundo, y el cambio climático será el telón de fondo, un fenómeno que no crea la desigualdad, pero la agrava y la hace más visible.

2. La herencia histórica. Los pobres siempre vivieron junto al río.

La relación entre pobreza y riesgo no es nueva, viene de lejos. En las ciudades preindustriales, las clases populares vivían junto a los ríos porque necesitaban agua para trabajar, para lavar, curtir, mover los molinos y alimentar las fábricas. Los ricos vivían en las zonas altas, protegidos de las crecidas y de los olores, en calles más anchas y mejor ventiladas.

Alcoy es un ejemplo paradigmático. La ciudad, cuna de la industrialización valenciana, creció a lo largo de los cauces del Molinar y del Barxell, aprovechando la energía hidráulica para mover los telares. Los trabajadores textiles se instalaron junto a las fábricas, en las riberas de los ríos, porque no había otra opción. Las casas de la aristocracia, en cambio, se levantaron en la calle de San Nicolás y en el centro urbano, lejos del agua que daba de comer a unos y ahogaba a otros cuando se desbordaba.

La ciudad tenía, como señala un cronista local, "dos paisajes bien definidos". Arriba, los señores, y abajo, junto al río, los trabajadores. Y cada día, miles de obreros hacían el viaje de ida y vuelta hacia las riberas del Molinar o del Barxell para adentrarse en las fábricas. El río era la vida y la amenaza, la fuente de energía y la causa de las riadas. Y quienes vivían junto a él no habían elegido el riesgo, lo habían heredado.

Cuando, a partir de los años sesenta, las fábricas se trasladaron a los polígonos industriales, el río quedó como una "zona muerta" en la geografía urbana. Las viejas fábricas se abandonaron, los barrios obreros se degradaron y el riesgo de inundación siguió ahí, latente, esperando la próxima crecida. La historia de Alcoy no es excepcional, es la historia de casi todas las ciudades industriales del mundo.

3. La ciudad dual. Arriba los ricos, abajo los pobres.

La topografía de las ciudades reproduce la topografía de la desigualdad. En Ciudad de México, el suelo firme del oeste y del sur, la antigua zona volcánica, la zona de Lomas, es el más seguro frente a los terremotos y también es el más caro. Allí viven las clases acomodadas, en Bosque de las Lomas o Contadero, colonias sobre roca sólida que amortigua los

sismos. En cambio, el centro histórico y las zonas orientales, contruidos sobre el lecho desecado del lago de Texcoco, se asientan sobre arcillas blandas que amplifican los movimientos sísmicos. Allí viven los pobres, en edificios antiguos, que se agrietan y derrumban con cada temblor.

El terremoto de 2017 fue una prueba cruel de esta geografía desigual. Los edificios que colapsaron no estaban distribuidos al azar. Se concentraron en las zonas de suelo blando, donde vive la gente trabajadora. Los ricos, en sus casas de Lomas, apenas sintieron el temblor.

Lo mismo ocurre en Río de Janeiro. Las favelas trepan por las laderas de los morros, en terrenos empinados que nadie más quiere, expuestas a deslizamientos de tierra cada vez que llueve con fuerza. En el complejo Pavão-Pavãozinho y Cantagalo, en la Zona Sur, hay 3.000 viviendas (el 62%) de las cuales 899 corren un riesgo muy alto. A pocos metros, en los barrios de Copacabana o Ipanema, el suelo es plano y seguro, y los precios inmobiliarios están entre los más altos del país.

En Estambul, el 17% de los barrios de alto riesgo sísmico albergan al 30,8% de la población de la ciudad. Esos barrios están "predominantemente concentrados a lo largo de la costa sur", donde vive la población más pobre, en edificios contruidos sin normas sísmicas y materiales de baja calidad. Los ricos, en cambio, ocupan las zonas altas y seguras o se han mudado a urbanizaciones cerradas en la periferia, lejos del peligro.

La ciudad dual no es una metáfora. Es una realidad física y medible que se repite en todos los continentes. La geografía del riesgo es la geografía de la clase.

4. El mercado del suelo y el riesgo.

¿Por qué los pobres viven en zonas de riesgo? No porque les guste el peligro, sino porque el mercado del suelo les empuja allí. La vivienda barata está donde nadie más quiere vivir y las zonas de riesgo son las más baratas del mercado.

En Filipinas, alrededor de 3,7 millones de personas viven en asentamientos informales y la mitad de ellas en barrios marginales y zonas de alto riesgo. Son familias que no pueden pagar una vivienda formal en un lugar seguro, por lo que ocupan terrenos que nadie reclama, junto a ríos, bajo puentes o en vertederos. Cuando llega el tifón, sus casas, construidas con materiales recuperados o de desecho, vuelan con el viento y se inundan con el agua.

En Bangladés, las comunidades más pobres viven en las zonas más propensas a las inundaciones, en islas de arena en el norte del país, en tierras que se inundan cada año y se erosionan con las crecidas de los ríos. No es una elección, es la única opción que les queda.

En España, la cosa no es muy distinta. La DANA de 2024 en la Comunidad Valenciana golpeó con especial virulencia a municipios de renta media y baja: Paiporta, Catarroja, Massanassa y Alfafar, con ingresos medios por hogar que oscilan entre los 22.000 y 30.000 euros anuales, frente a los 61.200 de Rocafort, una de las zonas más acomodadas de la provincia. La comarca de l'Horta Sud, la "zona cero" de las pérdidas y del mayor número de fallecimientos, tiene una renta media bruta por debajo de la media del resto de la Comunidad Valenciana.

Y no es solo una cuestión de renta, es también una cuestión de información, movilidad y capacidad de respuesta. Cuando llegó la DANA, los empleadores no enviaron a casa temprano a los trabajadores de las zonas más humildes, "a diferencia de la universidad y escuelas de la zona".

5. La planificación urbana al servicio de la especulación.

El mercado del suelo no actúa solo. Lo hace en connivencia con la planificación urbana, que a menudo prioriza la rentabilidad sobre la seguridad.

Se construye en zonas inundables, se recalifican terrenos peligrosos y se permiten asentamientos en áreas de riesgo. La connivencia entre promotores y algunos políticos hace el resto.

Un año después de la DANA de Valencia, Amnistía Internacional denunció que "se sigue construyendo en los municipios afectados". La organización habló de una "permisividad urbanística" en zonas inundables y señaló que 15 municipios de la provincia de Valencia tienen todos sus inmuebles en áreas de riesgo de inundación. En Paiporta y Catarroja se concentran más de 16.000 viviendas expuestas al riesgo.

Y lo más grave, lejos de corregir la situación, las autoridades autonómicas valencianas diseñaron un urbanismo "expres" que "flexibiliza los procedimientos y permite continuar aprobando proyectos urbanísticos en los municipios afectados, poniendo en riesgo el derecho a la vivienda de las personas". Es decir, en lugar de aprender de la catástrofe, se ha hecho todo lo posible por repetirla.

En España, el precio del suelo es un factor determinante. Las zonas de riesgo son más baratas y eso las hace atractivas para los promotores que buscan maximizar beneficios. Los compradores, a su vez, a menudo desconocen el riesgo o lo subestiman, porque la información no siempre es accesible ni clara. Y los ayuntamientos, que dependen de los ingresos urbanísticos, no tienen incentivos para frenar la construcción.

La paradoja es que la propia catástrofe acelera el proceso. Un año después de la DANA, el precio de la vivienda en los municipios afectados aumentó un 16%, hasta los 1.550 euros por metro cuadrado. La demanda para comprar creció un 22%, el precio subió un 18,8%, y la oferta de viviendas en venta cayó un 31,3%. La destrucción no deprime el mercado, lo calienta. Y los que no pueden pagar los nuevos precios han de mudarse a las periferias.

6. La catástrofe. Cuando el riesgo se hace visible.

Cuando ocurre el desastre, la desigualdad se hace visible. Lo que estaba oculto bajo la apariencia de normalidad emerge con toda su crudeza. El huracán Katrina en Nueva Orleans (2005) es el ejemplo más citado. La ciudad tenía 460.000 habitantes, de los que un 24% vivía por debajo del umbral de la pobreza. De ese 24% más pobre, el 84% eran negros.

Cuando el huracán se acercó, las autoridades ordenaron la evacuación. Pero evacuar requiere medios: un coche, dinero para gasolina, dinero para un hotel y un lugar a donde ir. Los que no tenían nada de eso se quedaron. Los que no tenían coche dependían del transporte público, que no llegó a tiempo. Los que no tenían ahorros no pudieron permitirse unos días fuera de casa. El resultado fue que los que murieron como consecuencia del Katrina fueron, en su inmensa mayoría, negros pobres.

Diez años después, Nueva Orleans era una ciudad más blanca, con menos habitantes y pobres que antes del huracán. La catástrofe había acelerado la gentrificación. Los que pudieron volver fueron los que tenían recursos y los que no, se quedaron fuera. La reconstrucción no fue para todos, fue para los que podían pagarla.

Lo mismo ocurrió en Venezuela tras los terremotos de 2026. Los sismos "se abrieron paso por todas las clases sociales, colapsando por igual rascacielos residenciales exclusivos y bloques de viviendas descuidados". Pero la capacidad de recuperación no fue la misma. Los ricos tenían seguros, ahorros y contactos. Los pobres dependían de la ayuda estatal, que llegó tarde y mal.

7. La reconstrucción desigual.

Después de la catástrofe, la desigualdad se profundiza. Los que tenían recursos se recuperan antes. Los que no, se quedan atrás. Un año después de la DANA de Valencia, CaixaBank Research detectó que la recuperación económica en la zona afectada "fue desigual en el consumo y en los comercios". Las personas con menores ingresos sufrieron el mayor impacto y su consumo cayó un 82%, frente a un 40% del de las rentas más altas. Y su recuperación fue también más lenta.

La vivienda es el factor más crítico. La ayuda máxima de la Generalitat, 800 euros mensuales, resultó "claramente insuficiente frente a los precios de alquiler en los municipios afectados, que aumentaron tras la DANA".

Las familias más vulnerables, incluidas mujeres y migrantes, fueron las más afectadas por la falta de vivienda asequible. Amnistía Internacional documentó "discriminación" en el acceso a las ayudas para personas migrantes, especialmente las que se encuentran en situación irregular. Se estima que 6.000 migrantes se vieron afectados. Y las mujeres, especialmente las migrantes trabajadoras del hogar, sufrieron "exclusión en el acceso a estas ayudas".

La reconstrucción no es neutral. Beneficia a los que ya tenían. Expulsa a los que no pueden pagar el nuevo precio del suelo. Acelera la gentrificación. Y mientras los ricos reconstruyen sus casas con seguro y ahorros, los pobres esperan ayudas que llegan tarde, mal o nunca.

8. El cambio climático, el gatillo de las desigualdades futuras.

El cambio climático no crea la desigualdad, pero la agrava. Naomi Klein lo ha señalado con claridad: "El cambio climático es la narrativa más poderosa contra el capitalismo", porque muestra que el sistema que promete crecimiento infinito en un planeta finito es insostenible. Y porque sus efectos no se distribuyen de forma democrática, al golpear más fuerte a los que menos han contribuido al problema.

El Mediterráneo se está calentando a un ritmo un 20% superior al promedio mundial. Eso está multiplicando la frecuencia e intensidad de las lluvias torrenciales. Los estudios meteorológicos pronostican "un aumento en la cantidad de precipitaciones fuertes de más del 20% en el futuro más cálido". Las precipitaciones se intensifican un 20% por cada grado de calentamiento del mar.

España es uno de los países más expuestos a estos fenómenos. El año 2024 fue el tercero más cálido jamás registrado, con una temperatura media de 15,1°C. Y las recientes lluvias torrenciales de septiembre de 2026, que han afectado simultáneamente a Valencia, Barcelona, Murcia y Alicante, son un recordatorio de que el futuro ya está aquí. En Torrent, Alborià, l'Eliana o Alginet se han rozado o superado los 70 litros por metro cuadrado en 30 minutos. Las clases se han suspendido, los parques se han cerrado y las carreteras se han inundado.

El cambio climático actúa como un multiplicador de las desigualdades existentes. Las zonas más pobres, con menos recursos para adaptarse, viviendas más frágiles y menos capacidad de evacuación, son las que más sufren aunque sean las que menos han contribuido a las emisiones causantes del problema. Es la injusticia climática en su forma más cruda. Los que menos contaminan son los que más padecen.

9. La geografía como derecho, no como destino.

La geografía del riesgo es la geografía de la desigualdad. Los pobres viven donde el peligro es mayor porque el mercado del suelo, la planificación urbana y la herencia histórica los empujan allí.

El cambio climático está agravando esta realidad. Las lluvias torrenciales, terremotos, inundaciones y deslizamientos de tierra serán cada vez más frecuentes e intensos. Y sus efectos no serán democráticos. Golpearán más a los que viven de manera más precaria.

Frente a esta realidad, hay que reivindicar la geografía como derecho, no como destino. El derecho a vivir en un entorno seguro no puede seguir siendo un privilegio de clase. Pero para ello es necesaria la planificación urbana que priorice la seguridad sobre la especulación, una regulación del suelo que impida la construcción en zonas de riesgo, inversión pública en infraestructuras de protección y políticas de vivienda que garanticen alternativas seguras para los más vulnerables.

Implica también reconocer que el riesgo no es natural, sino social. Y que las catástrofes no son actos de Dios, sino el resultado de decisiones humanas acerca de dónde construir, quién puede vivir dónde, qué se protege y qué se abandona. La geografía no es un destino, es una decisión política que puede y debe cambiarse.